



## SECCIÓN ARTÍCULOS ORIGINALES

### **La Comandancia general de Juan Manuel de Rosas de la División Izquierda de la Expedición al Desierto de 1833.**

### **Lazos personales, relaciones de mando y subordinación en el proceso de ocupación territorial de la pampa bonaerense**

### **Juan Manuel de Rosas's general command of Left Division Desert Expedition, 1833.**

### **Personal ties and relations of command and subordination in the process of territorial occupation of the Buenos Aires pampa**

Andrea Reguera

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

Fecha de presentación: 21 de noviembre de 2015.

Fecha de aceptación: 01 de junio de 2016.

#### **RESUMEN**

El objetivo de este trabajo es analizar, en el marco de la Expedición al Desierto realizada por el general Juan Manuel de Rosas en el año 1833, la composición social de la fuerza expedicionaria, en particular de la plana mayor –jefes y oficiales–, a fin de comprender las relaciones militares de mando y subordinación y las relaciones sociales



de amistad y confianza que se generaron entre estos hombres que compartieron un año de sus vidas en los desiertos de la frontera.

**Palabras claves:** Expedición al Desierto; Juan Manuel de Rosas; relaciones de poder; ocupación territorial.

### **ABSTRACT**

This article on the Desert Expedition, led by General Juan Manuel de Rosas in 1833, approaches the social composition of the expeditionary force, including the staff of commanders and officers. Its main objective is to understand the military command and subordination relationships, together with the ones of friendship and trust, created by those men who shared a year of their lives in the desert of the border.

**Key words:** Desert Expedition; Juan Manuel de Rosas; power relations; territorial occupation.

### **INTRODUCCION**

Los partes del Diario de Marchas de la Expedición al Desierto de 1833, publicados en la “*Gaceta Mercantil*”<sup>1</sup> de Buenos Aires, por orden y autorización del comandante general de la División Izquierda, Juan Manuel de Rosas, por parte del coronel Juan Antonio Garretón, se han convertido en un testimonio invaluable para analizar no sólo lo expedición en sí misma, sino, y fundamentalmente, comprender la construcción de vínculos sociales y políticos entre sus miembros.

Para ello, hemos organizado el trabajo en tres partes. En primer lugar, presentaremos a la División de la Izquierda de la Expedición comandada por el general Juan Manuel de Rosas, incluyendo su itinerario y las descripciones, observaciones y

---

<sup>1</sup> Otros partes se publicaron en *El Restaurador de las Leyes* y *El Lucero*.



relevamiento de información que hicieron sobre el territorio (tipos de suelos, presencia o no de aguadas permanentes, propiedades de la flora existente, etc.). En segundo lugar, nos ocuparemos de las rutinas diarias de la marcha y del campamento del Colorado: su funcionamiento, organización y dinámica. Y en tercer lugar, nos detendremos a analizar la composición social de la fuerza expedicionaria. Fundamentalmente, haremos hincapié en la plana mayor de jefes y oficiales que integraron dicha fuerza y las relaciones militares de mando y subordinación, así como las sociales de amistad y confianza que se generaron entre hombres que compartieron más de un año de sus vidas en los desiertos de la frontera del sur.

### ***LA DIVISIÓN DE LA IZQUIERDA***

En 1832, una vez finalizado su primer mandato de gobierno, Juan Manuel de Rosas presenta a la legislatura porteña un proyecto para extender la frontera de Buenos Aires hasta el río Negro en el sur.<sup>2</sup> Al año siguiente, el 28 de enero de 1833, el General Juan Ramón Balcarce, sucesor de Rosas en el gobierno, en su calidad de gobernador de Buenos Aires, lo nombra Comandante General de Campaña y, en calidad de Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación, Jefe de la División Izquierda del Ejército Nacional de operaciones contra los indios enemigos.

Para la gestación de este proyecto, Juan Carlos Walther (1970:192), dice que Rosas tuvo en cuenta las expediciones exploradoras y militares previas, además de su propia experiencia y conocimiento de la región pampeana y zona de frontera.<sup>3</sup> Para la

<sup>2</sup> Este tema ha sido tratado, entre otros, por Saldías (1951:361-395); Barros (1957); Walther (1970:191-255); Irazusta (1970 t.II:167-198); Iburguren (1972:167-180); Gálvez (1974 t.I:283-314).

<sup>3</sup> Es necesario recordar que Rosas no sólo tenía propiedades sobre la zona de frontera, sino que también había participado de la Expedición del Gobernador Martín Rodríguez en 1820 y de la Expedición de Reconocimiento de la Frontera Sur con Juan Lavalle y Felipe Senillosa en 1825.



concreción de este plan, necesitaba de la cooperación de otras provincias (Córdoba, La Rioja, Mendoza) y de Chile, como país vecino. Se trataba de desplazar a los indios *enemigos* hacia el sur, ríos Colorado y Negro y, una vez allí, de este a oeste (y viceversa) a fin de someterlos.

La expedición, de alcances ambiciosos, fue una de las más grandes que se hubiera organizado hasta el momento. Bajo la dirección general de Juan Facundo Quiroga, constaba de tres columnas; una, al mando de José Félix Aldao, comandante general de Mendoza; la segunda, al mando de José Ruiz Huidobro, comandante de la frontera sur de Córdoba; y la tercera, al mando de Juan Manuel de Rosas, como Comandante General de las Milicias de Campaña de la provincia de Buenos Aires. Originalmente, se había previsto que Manuel Bulnes actuara coordinadamente desde el lado chileno, algo que finalmente no pudo concretarse por cuestiones políticas internas.

La columna de Rosas partió el 22 de marzo de 1833 de San Miguel del Monte con 2.010 hombres.<sup>4</sup> La fuerza estaba compuesta por el General Rosas como comandante en jefe y el general Ángel Pacheco como Jefe de Estado Mayor y segundo Jefe. Un total de 140 oficiales, los coroneles Manuel Corvalán (1774-1847), Eugenio del Busto (1800-1899), Miguel Gregorio Planes (1789-1838), Antonio Ramírez (1792-1843), Pedro Ramos (1795-1871), Ramón Rodríguez (1792-1866), Juan Zelarrayán (1790-1838) y Juan Antonio Garretón (1796-1867) –encargado de llevar el diario de marchas–; los tenientes coroneles Daniel Antepara, Roque Cepeda, Manuel Delgado (1790-1857), Narciso del Valle (1794-1849), José María Flores (1800-1856), Nicolás Granada (1795-1871), Juan José Hernández (1798-1852), Felipe Julianes, Hilario Lagos (1806-1860), Juan Pedro Luna (1787-1859), Miguel Miranda, Miguel Rabelo, Francisco Sosa y Faustino Velazco y los sargentos mayores Joaquín Casco, Gerónimo Costa (1808-1856),

<sup>4</sup> La columna de Ruiz Huidobro salió de San Luis el 22 de febrero de 1833 con 1.000 hombres, aproximadamente, mientras que la de Aldao lo hizo de Mendoza el 3 de marzo del mismo año con 800 hombres.



Bernardo Echeverría, Rafael Fuentes, Manuel C. García, Leandro Ibáñez, Antonio Félix de Meneses, Ventura Miñana, Francisco Moreno y Pedro Regalado Rodríguez (1818-1903).<sup>5</sup> La expedición también llevaba batallones de infantería (541 hombres),<sup>6</sup> caballería (1.181 hombres),<sup>7</sup> artillería (52 artilleros y 5 piezas de bronce calibre 4 y 2), marina (25 hombres), personal de maestranza y cuartel general (42 hombres) y 16 profesionales entre médicos (Pablo Villanueva, Manuel Molina –médico cirujano de la División–), ingenieros (Feliciano Mariano Chiclana) y astrónomos (Nicolás Descalzi, Juan Green y José Dellepiane). Por otro lado, es necesario señalar la incorporación de sus aliados pampas y el apoyo del cacique araucano Venancio Cañoepan.<sup>8</sup> A cargo de la Secretaría de la Expedición estaba Antonino Reyes (1813-1897) y como Comisario, Pedro Rodríguez (1795-1876).

La expedición tenía como objetivo llegar hasta el río Colorado y luego avanzar entre este río y el Negro, a fin de reunirse con las otras dos columnas y atacar al cacique Chocorí, que controlaba la zona desde Bahía Blanca hasta el Limay y que era por donde se efectuaba el contrabando de ganado con Chile (ver Fig. 1).

Llegados a la Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca) y Carmen de Patagones, Rosas aprovechó a recoger los suministros que llegaron de Buenos Aires en barco al mando de los capitanes Guillermo Bathurst y Juan Bautista Thorne. Una vez allí, volvió sobre la margen izquierda del río Colorado, donde estableció su cuartel

<sup>5</sup> Respecto a este grupo, no hemos encontrado datos para todos. Más adelante haremos las salvedades correspondientes.

<sup>6</sup> Batallón Guardia Argentina, Piquete Río de la Plata, Batallón Libertos Veteranos y Piquete Infantería de Campaña. La infantería llevaba carabinas y marchó montada (Walther op.cit.:210).

<sup>7</sup> Regimientos N° 9 y 10, Escuadrones de Línea N° 2, 3, 4 y 6, Escuadrón Patricios a Caballo, Escuadrón Escolta y Piquete N° 5. La caballería llevaba sables y lanzas para las primeras filas de los escuadrones y tercerolas para el resto. Por otro lado, cada soldado contaba con 3 caballos y cada oficial con 4. Aparte, se llevaba una buena dotación de animales de repuesto (Walther op.cit.:210).

<sup>8</sup> Para la relación de Rosas con los indios, véase, entre otros, Barba (1997); Ratto (2007); Sulé (2007).



general “*Médano Redondo*” (luego Fuerte Colorado y hoy Pedro Luro). Desde allí, envió varias divisiones al mando del general Pacheco, el coronel Ramos y el sargento mayor Ibáñez y divisiones secundarias al mando de los tenientes coroneles Delgado, Miranda y Rodríguez, quienes, en distintas direcciones, se abatieron sobre las tolderías, persiguiendo, matando y haciendo prisioneros a caciques e indígenas, además de rescatar numerosos cautivos.

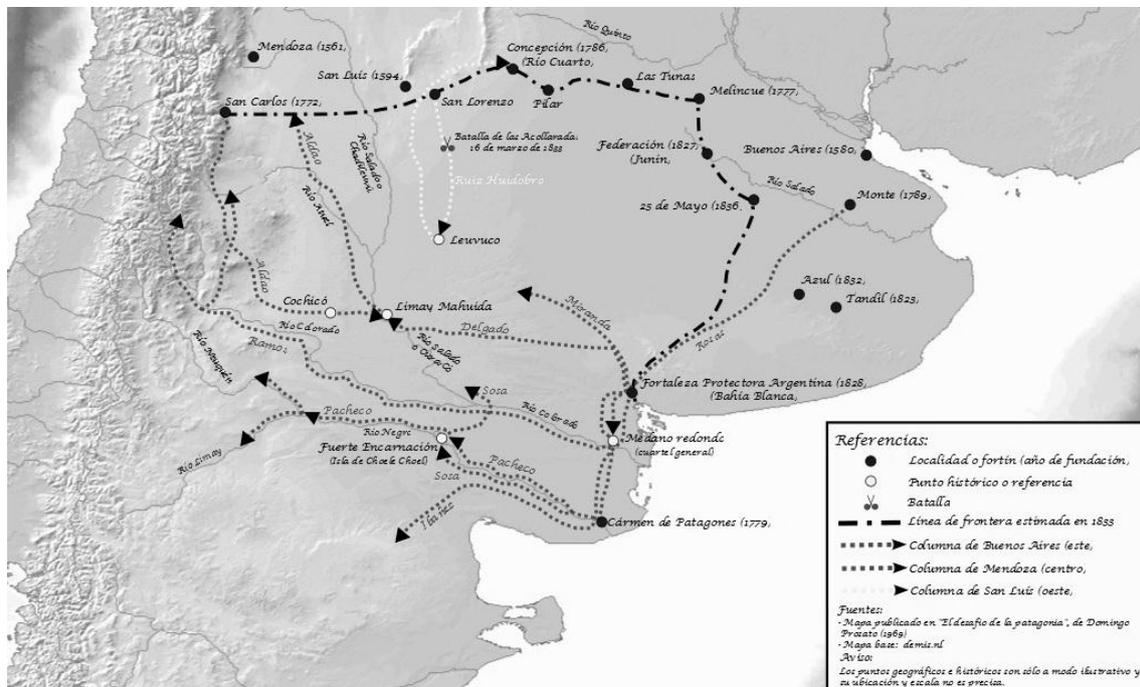


Figura 1: Mapa de la Expedición al Desierto en 1833

Tomado del libro *El desafío de la Patagonia* de Domingo Próspero (Bahía Blanca, UNS, 1969)

Coronado por el éxito de la expedición, Rosas inició su regreso a Buenos Aires el 28 de enero de 1834 y de inmediato se firmaron tratados de paz, en especial con el



cacique Calfucurá, lo cual permitió pacificar, al menos hasta la caída de su gobierno, la campaña bonaerense sin que se registrara malón alguno. También le permitió repartir tierras como premios militares; de hecho, él mismo fue agraciado con la donación de la isla de Choel Choel, a la que llamarían “*Isla del General Rosas*”, y que éste solicitó cambiar por 60 leguas cuadradas en la provincia de Buenos Aires. La Legislatura de Buenos Aires también lo honró con la entrega de una espada recubierta de oro, grabándose de un lado las armas de la provincia, orladas de laurel, y del otro, la inscripción “*La Provincia de Buenos Aires grata á los servicios de su ilustre defensor, Brigadier General don Juan Manuel de Rosas*”; una medalla de oro en forma de sol, con un círculo de brillantes y su colocación pendiente del cuello. En su anverso se grabó la siguiente inscripción “*La expedición á los desiertos del Sur del año 33 engrandeció la Provincia y aseguró sus propiedades*”, y en el reverso la columna mandada a erigir por el gobierno; y una banda de tela de seda color escarlata para colocarla cruzada sobre el pecho de derecha a izquierda, elementos con los cuales aparecería de ahí en más en los retratos de la época.<sup>9</sup>

Rosas forjará estrechos lazos personales y políticos con muchos de los hombres que lo acompañaron, convirtiéndose, algunos de ellos, en amigos personales y, otros, en fieles colaboradores políticos.

## ***EL ITINERARIO DE LA EXPEDICIÓN***

Rosas estableció su cuartel general, para la organización final y partida de la expedición, en la Guardia de San Miguel del Monte, cercana a su estancia “*Los Cerrillos*”. Respecto al financiamiento, inicialmente contó con el apoyo del entonces gobernador Juan Ramón Balcarce, considerado amigo cercano de Rosas, aunque, en los

<sup>9</sup> Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires del año 1834, Buenos Aires, Imprenta El Mercurio, Ley del 6 de junio de 1834, pp. 83-84.



hechos, dicho apoyo no fue tal como se esperaba.<sup>10</sup> Según aclara Antonino Reyes, secretario de Rosas durante la expedición, ésta pudo concretarse gracias a la colaboración de vecinos de las Guardias del Monte, Lobos y Navarro que pusieron a disposición haciendas y carretas. Rosas mismo comprometió parte de su fortuna personal en esta empresa, con caballadas, haciendas y dinero para pagar al ejército. Para esto, su socio comercial e íntimo amigo, Juan N. Terrero, se había convertido en su agente en la ciudad, quien se encargaba de remitir las remesas y cumplir con los pedidos que Rosas le hiciera desde el sur.<sup>11</sup>

La expedición partió un lluvioso 22 de marzo de 1833 a las cuatro y media de la tarde con Rosas a la cabeza, seguido por el Escuadrón Escolta del Gobierno, el Batallón de Milicias de Infantería, un piquete de artillería con cinco piezas y veintinueve carretas, que llevaban todo lo necesario para abastecer a los expedicionarios, más las boyadas y manadas de yeguas y caballos. Para la guía del camino, el jefe del Departamento Topográfico de Buenos Aires, coronel José de Arenales, confeccionó una carta geográfica que puso a disposición de Rosas (Garretón 1971:43).

El convoy, numeroso y pintoresco, acampó, a poco de salir, en la Laguna de las

---

<sup>10</sup> El gobierno había previsto negociar un crédito de un millón y medio de pesos moneda corriente, pudiendo hipotecar tierras de propiedad pública y asignando para el servicio de los intereses un impuesto de doce reales por cada cabeza de ganado introducida para consumo y saladeros. Esta propuesta finalmente no prosperó y el gobierno costeó, durante un corto período de tiempo, hasta marzo de 1833, sólo una parte de la expedición con rentas generales. En ese momento, se le comunicó a Rosas, por medio del Ministerio de Guerra a cargo del General Enrique Martínez, que el gobierno no podía seguir proveyéndole vestuarios, municiones, pertrechos, caballadas ni ganado para el consumo, aunque sí pagar los haberes del personal del ejército y lo destinado al negocio pacífico de los indios. Para ver más en detalle este tema y sus controversias, véase, entre otros, Saldías (op.cit.:366); Celesia (1954:215-259); Irazusta (op.cit. t.II:175-178); Barba (1971).

<sup>11</sup> Carta de Antonino Reyes a Federico Terrero, Montevideo, septiembre de 1870 (Saldías op.cit.:538-545).



Perdices, muy cerca de la Guardia del Monte, y al otro día partió rumbo a la “*Estancia del Paraguay*” de Roque Torres. El día 24 cruzaron el río Salado por el paso de La Tabla, a cuya izquierda podía verse la estancia “*Los Cerrillos*”. Al final del día, acamparon en las proximidades de la laguna del Juncal, luego lo hicieron, sucesivamente, en los Pozitos, todavía campo de “*Los Cerrillos*”, el arroyo de Romero, la laguna la Mamada de Hunco, la laguna Pluma-Augero y la laguna de Medina. En este punto, los caminos de Tapalqué, Laguna Blanca y Arroyo Azul se bifurcaban. La División tomó el camino de Tapalqué, acampando en la costa del arroyo del mismo nombre. Aún era posible encontrar, en la extensa llanura bonaerense, a un sinnúmero de pobladores criollos, diseminados a lo largo y ancho del camino, y, hacia el Fuerte Azul y el Cantón de Tapalqué, a las tribus amigas. Allí, los caciques Catriel, Cachul, Llanquellén y Pablo, junto a los caciquillos Nicasio y Antúan, se aliaron a Rosas con trescientos lanceros. También se sumó toda la fuerza del cantón compuesta del Batallón de Libertos de infantería, el Escuadrón de Línea 2 y 4 de Campaña, de Línea y Milicia N° 3 y un piquete de infantería Río de la Plata (Garretón op.cit.:48).

El ejército retomó la marcha a lo largo del arroyo Tapalqué, donde hizo varias paradas y a cuya izquierda se divisaban las sierras de Tandilia. La siguiente acampada se hizo entre dos lagunas llamadas, en araucano, Cuú-Cuuró, luego en las lagunas Napur-Lafquen, Lapur-Lafquen, Epur-Lafquen y Monocó-Lafquen. Más adelante, lo hizo a orillas del arroyo Pilla-Incó (las Achiras) y luego en las inmediaciones de las sierras de médanos de Huincul-Huincul (desde donde era posible divisar las sierras de la Ventana), en el arroyo Getrú-Queyú, en el arroyo Chilchau-Guique-Leofú (Ramo del Sauce), en la laguna Lafquen-Monocó (laguna de los Manantiales), en el arroyo Pilla-Huincó, en el arroyo Guitrú-Gueyú, situado en la falda de la sierra, en el arroyo Guique-Leofú (Ramo del Sauce), en el arroyo Quilli-Qüsiquelcufú (Sauce del Sur), en el arroyo de los Manantiales y en el arroyo Napostá, cercano a Bahía Blanca (1828). Allí se esperaba la llegada de un barco proveniente de Buenos Aires con suministros para la expedición,



sobre todo vestuarios para el ejército. Se volvió a marchar y se acampó en la cerrillada Cabeza del Buey. A estas alturas, iban acompañados –y guiados– por los indios amigos. En los manantiales, la expedición volvió a acampar y luego lo hizo en los segundos manantiales o Pozitos. Desde allí, continuó hasta el río Colorado, distante unas cuatro leguas, haciendo una parada en medio de la marcha.

En este territorio habitaban los borogas, de origen araucano, que provenían de Chile y que vivían en unidad con los puelches. Un conjunto de tribus puelches respondía a un cacique llamado Chocorí, “*el azote de la frontera*”, según palabras del mismo Rosas, cuyos toldos estaban levantados sobre las costas del río Colorado.

Para fines de julio de 1833, después de tres meses de una guerra sin cuartel, se consideraba prácticamente finalizada la campaña. Los caciques y sus guerreros habían muerto y sus familias se habían dispersado o fueron trasladados a Bahía Blanca, donde se los entregó como esclavos a las tribus de los borogas. El territorio quedaba libre de indios enemigos, con su poder diezmado, y en posesión de los expedicionarios. En el parte del 21 de septiembre de 1833, Garretón (op.cit.:175), anota que “...*las partidas encargadas de recorrer el campo, aunque se alejan considerablemente del cuerpo de operaciones no encuentran un solo enemigo, ni rastros de que los haya*”.

A comienzos de 1834, Rosas inicia su regreso a Buenos Aires, dejando guarniciones en la isla de Choele Choel, los ríos Colorado y Negro y en los puntos donde había establecido fortines, que se mantuvieron hasta 1852.

### **DESCRIPCIONES, OBSERVACIONES Y RELEVAMIENTO DE INFORMACIÓN**

Uno de los objetivos de la expedición era hacer las observaciones pertinentes para el futuro establecimiento de pobladores; por ello es que a medida que se avanzaba se describía el tipo de suelo (firme, llano, quebrado, guadaloso, barrancoso) y de clima (soleado, lluvioso, frío, caluroso, ventoso), la existencia de agua (permanentes y



durables o escasas y de poca duración), la vegetación (pastos tiernos, duros, fuertes, mezclado), arboledas (sauces, molle, piquillín, cachiyuyo), y el paisaje en general. En el parte del 5 de abril de 1833, Garretón (op.cit.:52) registró que:

*“ Toda la división dejó la margen oriental del Tapalqué y lo siguió por la occidental. El camino fue muy guadaloso y pesado por la mucha lluvia. El campo estaba lleno de agua de las lluvias anteriores, es bueno de pastos fuertes, y no se observó ninguna laguna en las inmediaciones. La sierra que no es muy alta corre al Sud Este por la izquierda del camino, formando varias mesetas, picos y ondulaciones, agradables a la vista”.*

Cuando había sol, el camino llano era bueno para las carretas, pero cuando llovía copiosamente, éstos se volvían pesados y se avanzaba muy lentamente. Ello obligaba a la descarga y nueva carga de las carretas para igualar el peso y preservar los alimentos y las municiones que se llevaban. También era común que volcaran o se rompieran, lo cual generaba mayor demora. En general, las carretas, para poder marchar regularmente en campo firme, eran tiradas por cinco yuntas de bueyes. Cuando era necesario atravesar un arroyo o una hondonada y el paso se dificultaba, se les ponían catorce bueyes o doce bueyes y tres cuartas de caballos.

En la marcha, Rosas siempre se adelantaba con sus ayudantes para dar la dirección correcta a la columna y al convoy. Para ello, hacía apostar balizas con jinetes que ante la llegada de los primeros hombres se retiraban. Esta operación se repetía hasta acampar (siempre en forma de cuadro), haciendo, la división, los altos de descanso necesarios. El lugar del acampe era, previamente, reconocido y examinado minuciosamente por el mismo Rosas.

En este sentido, apunta Garretón (op.cit.:67), el día 26 de abril de 1833:



*“El señor general que para la parada del día anterior, había reconocido las inmediaciones del arroyo, a lo largo de él, advirtió que el Napostá no ofrece paso bueno para carretas en el camino que se lleva, por ser muy barrancoso y ordenó que al venir el día se principiara a trabajar una bajada cómoda para el convoy [...] Pasaron cuatro piezas con grandes trabajos, por lo que los troperos dirigieron un rápido aviso al señor general que estaba adelante, reconociendo el vado, y pasada de columna”.*

Prácticamente, todos los lugares que se mencionan llevan nombres indígenas, de acuerdo a la indicación de baqueanos e indios amigos. El 22 de abril de 1833, Garretón (op.cit.:64) anotó: *“Como a poco más de media jornada se deja ver el arroyo Quilli-Quisiquelcufú (arroyo del Sauce del Sur), que nace en la sierra de la Ventana llamada Catanlil, en lengua indígena”.* En ese mismo registro, continuó anotando que:

*“...hay sauce blanco y colorado en abundancia para hacer corrales, cerrar potreros, hacer ranchos y demás que se quiera. Los hacendados que pueblen estos campos no necesitarán traer maderas para ranchos, ni para corrales porque las encontrarán en abundancia”.*

El día 26 de abril, Rosas es recibido en la Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca).

*“Esta fortaleza, apunta Garretón (op.cit.:69), cuya situación es la mejor, está casi concluida. Es de bastante extensión, dentro hay buenos alojamientos para la fuerza destinada a su guarnición.*



*Fuera del pontón están las casas particulares. El terreno de sus inmediaciones es el más aparente para la agricultura y principalmente para el trigo. Trigo, maíz y frutas que se han recogido este año, son hermosos y de la mejor calidad. Tiene también buenos campos para el pastoreo [...]”.*

Cerca de la Fortaleza Argentina se encontraba un bañado salitroso, con varias lagunas dejadas por el mar, cada vez que subían y bajaban las mareas, llenas de caracoles y conchillas. Allí abundaba el junco, que producía la mejor ceniza para hacer jabón. También se encontraba un tipo de cáñamo, en gran cantidad, conocido en la zona como trébol, que podía servir para combustible. Éste podría explotarse, según Garretón, con la finalidad no sólo de proveer al mercado de Buenos Aires, sino también de constituir un importante ramo de exportación. En la misma zona arenosa, llena de médanos, se encontraron tunas, que podían utilizarse para hacer cercos. Pero lo que no se hallaba con facilidad en la zona era agua, salvo que se extrajera por medio de jagüeles, ya que ésta se encontraba, generalmente, a una vara de profundidad.

Próximos al río Colorado, los bosques se hicieron más espesos. Sobre su orilla, Rosas ordenó instalar el campamento general. Desde allí, despachó varias expediciones exploradoras. La primera, al mando del capitán de marina Guillermo Bathurst, con el objetivo de reconocer el río Colorado desde el campamento hacia su desembocadura en el océano Atlántico, a fin de comprobar la existencia de un puerto de escala para los buques que llegaran a estas costas. “*Si así sucede, dice Garretón (op.cit.:81), no es avanzado asegurar que esto importará la más brillante adquisición, pues que la campaña del Colorado ofrece mil ventajas a la población que indudablemente debería establecerse en él*”. Tiene buenos campos para labranza y pastoreo, abundancia de madera para las poblaciones, leña y agua buena, y puede facilitar las exportaciones desde la cordillera hasta el mar por medio de la navegación. La cercanía de las salinas y los buenos pastos para el ganado permitiría la elaboración de carne salada. El cálculo



que hace Garretón (op.cit.:82) es que, al tener el río Colorado una distancia de ciento cincuenta leguas,

*“...a tres leguas de frente con tres de fondo caben en ambas márgenes cien estancias, que a diez mil cabezas cada una de ganado vacuno resulta un millón que puede dar cada año una exportación de trescientos mil cueros, trescientos sesenta y cinco mil quintales de carne salada y seiscientos mil arrobas de sebo, pues que el engorde debe ser de dos arrobas cuando menos”.*

También se podría criar con ventaja el ganado yeguarizo, lanar y cerdudo. Estos últimos podrían ser alimentados con una especie de papa o nabo muy grande que comen los indios y que le llaman “*napar*”. La segunda expedición, al mando del capitán Iturra, partió en sentido contrario, río arriba, con seis hombres y provisiones como para un mes.

Una vez instalado el campamento en el Colorado, Rosas ordenó la exploración del río Negro, que estuvo a cargo del astrónomo Nicolás Descalzi. Éste partió a bordo de la goleta “*Encarnación*”, construida en el cuartel general, junto a la chalana “*Agustina López*” y la ballenera “*Clemente López*”, desde Carmen de Patagones hasta la Guardia de la Esperanza. Descalzi informó después que el río tenía suficiente agua para navegar y que por la crecida y la fuerza del agua lo podía comparar con el río Paraguay.

## ***LAS RUTINAS DE LA MARCHA Y DEL CAMPAMENTO DEL COLORADO***

En el Diario de Marchas, Garretón especifica que la rutina diaria comenzaba con el toque de diana a las cinco de la mañana y se hacían las oraciones correspondientes. Dada la altura del año en que se realizaba la expedición, meses de otoño e invierno, con



bajas temperaturas durante el día y la noche, vientos, lluvias, tormentas y heladas, era común que en la madrugada se le diera a la tropa una pequeña ración de aguardiente. También, periódicamente, se repartían las raciones de tabaco, yerba mate y papel, y, más espaciado, jabón. De vez en cuando, a los jefes y oficiales se les distribuía galleta, harina, sal, ají y algunos útiles para el servicio. Cada mes se realizaban (con retraso) las pagas respectivas. Llegada la hora del acampe, se buscaba hacerlo sobre la costa de algún arroyo o laguna, a fin de contar con buena agua y abundante leña (cardo, mostaza seca, hinojo, sauce, junco, chañar). Se carneaba y se iba a descansar.

Para el sostenimiento de la tropa apostada en el campamento del Colorado, o de las partidas exploradoras, se mantenía un asiduo intercambio con el Fuerte de Carmen de Patagones y la Fortaleza Protectora Argentina, que recibía por agua barcos con aprovisionamiento (vestuarios) o por tierra, desde el interior de la provincia, tropas de ganado vacuno y caballar. También se les tomaba, a los vivanderos que venían de Bahía Blanca o Patagones, ciertos artículos que luego se los distribuía entre la tropa, como chiripás, camisas, chalecos, ponchos, chaquetones, gorras y pañuelos. En tanto, para el abastecimiento de reses y caballos, Rosas había dejado apostados en la Guardia del Monte y en Buenos Aires, respectivamente, a Vicente González y a Manuel José Guerrico como comisionados.

El campamento fue visitado, además, por el naturalista británico Charles Darwin (2003:90-94), quien viajaba a bordo de la fragata SMB *Beagle* bajo el mando del capitán Robert Fitz-Roy. Darwin se presentó el día 13 de agosto de 1833 ante Rosas con un pasaporte del Comandante Político y Militar de Patagones y una nota del Ministro de Guerra para que se le permitiera examinar la formación de la Sierra de la Ventana. Para ello, le fueron dadas las recomendaciones necesarias a fin de que fuese atendido con todo lo que requiriera.

Durante el día, si no se marchaba se realizaban distintos ejercicios. El batallón de infantería hacía ejercicios de armas, bala y fuego, lo cual no dejaba de producir



numerosos accidentes; también practicaban el tiro al blanco; y, en el caso de los indios amigos, hacían maniobras a caballo.

Rosas, personalmente, desde el cuartel general, planificaba las operaciones, disponía las comisiones, enviaba las partidas exploradoras, las divisiones y los destacamentos, y ordenaba los ataques. También recibía a caciques e indios que venían a parlamentar. Pasaba revista a los cuerpos y piquetes apostados en el campamento y recorría todas las caballadas, la hacienda para el consumo y la yeguada. También se pasaba revista al armamento y a las municiones, al vestuario y a las monturas para saber su estado y notar sus faltas.

Una de las actividades que concentraba la mayor atención y gran parte del tiempo del General Rosas era, como siempre, la escritura. La correspondencia, tanto oficial (relativa a la expedición y a la comandancia general de campaña), como privada, que se recibía y se enviaba de posta en posta desde y a Buenos Aires y otros puntos de la frontera, como Monte, Azul, Tandil, Bahía Blanca y Patagones.<sup>12</sup>

*“El señor general en jefe, dice Garretón (op.cit.:72), tuvo en un activo ejercicio a su secretaría y trabajó todo el día anterior y el presente [3 de mayo de 1833] hasta despachar la correspondencia oficial y particular para Buenos Aires, y otros puntos que quedó cerrada a las dos de la mañana”.*

La dedicación llegaba a tal punto, continúa señalando Garretón (op.cit.:119), que

<sup>12</sup> Es importante aclarar que Rosas nunca dejó de atender sus intereses privados, vinculados particularmente con el funcionamiento de sus estancias, como políticos, relacionados con el seguimiento de los hechos que se sucedían en su ausencia y el conocimiento del estado de la opinión pública. Para ello, consúltese la correspondencia mantenida con sus amigos Juan N. Terrero, Felipe Arana, Tomás Guido, Juan R. Balcarce, entre otros, y con su esposa, Encarnación Ezcurra.



cuando se celebró el 9 de julio en el campamento del Colorado, llegada la hora del convite, a las siete y media de la noche para jefes, oficiales y ciudadanos, “...el señor general no pudo hacerlo por estar sumamente atareado escribiendo”.

Otras de las actividades que insumía gran esfuerzo eran el mantenimiento de una férrea disciplina y un alto espíritu en la tropa. La desertión se pagaba con la muerte. Fue el caso de Juan Basabe, corneta desertor del escuadrón de línea del Regimiento N° 4 de Milicias, quien fue aprehendido por los indios amigos del cacique Catriel y remitido al cuartel general, donde fue fusilado. También, en un momento de la campaña, Rosas ordenó el castigo de tres carreteros con trescientos azotes a cada uno por haber comprobado que robaban aguardiente de la carga de las carretas.

Para sostener esa férrea disciplina y la obediencia debida se utilizaba el sistema de premios y castigos. En los órdenes diarios dados por Rosas, se señalaban las faltas y los castigos que correspondían. Véanse, entre otros, los siguientes:

*“El que en tiempo de guerra tuviere inteligencia con los enemigos, correspondencia por escrito o verbal en cualquier punto, es acreedor a la última pena”; “Los bomberos [espías] que se encuentran en los ejércitos, deben ser fusilados”; “El que rebelase a otra persona el santo, aún cuando no sea enemigo, se hace acreedor a un severo castigo”; “El que robare en campaña a cualquier vivandero o comerciante que trafique en el ejército, sea en camino o en su puesto, será castigado corporalmente, según el tamaño del robo”; “Todo centinela hará respetar su persona y si cualquiera quisiera atropellarle le prevendrá que se contenga, sino obedeciere llamará a su cabo para dar parte a su comandante, pero si en desprecio de esta advertencia prosiguiese la persona apercibida a forzar al centinela o atropellarle, en cualquier forma usará de su arma” (Garretón op.cit.).*

Estos órdenes eran un manual de instrucciones para los soldados, donde se les enseñaban las obligaciones que debían cumplir y la graduación de castigos que podían



llegar a corresponderles si cometían determinadas faltas (algunas iban de leves castigos corporales hasta la muerte con exposición pública). Al mismo tiempo, muestran la estructura militar fuertemente jerarquizada que existía (soldados, cabos -primero y segundo-, sargentos -primero y segundo-, mayores, tenientes, capitanes, coroneles y tenientes coroneles), donde el ascenso dependía de la antigüedad y de las cualidades del individuo.

En cuanto a los *santos* y *señas* dispuestos por Rosas con cada orden del día, es posible considerarlos *leyes máximas* que iluminan algo de su pensamiento, en ese tiempo, sobre las virtudes que debían cultivar tanto las personas como la patria. Así, algunos órdenes se refieren al patriotismo, como “*Al 9 de Julio Salud*” o “*Al 9 de Julio adiós*”; otros a la patria, el orden, la república y la federación, como “*Orden Elemento de Triunfo*”, “*Integridad Cultiva Voluntades*”, “*Instrucción Fruto del Estudio*”, “*Virtud Patriotismo Feliz*”, “*República sin Libertad Comedia*”, “*Federación Gloria Argentina*”; algunos otros a la invocación de valores y buenas costumbres y al rechazo de todo lo que significara traición y conspiración, como “*La Prudencia Dirige al Honrado*”, “*La Crueldad Muestra de Cobardía*”, “*Embriaguez Vergüenza Baldón*”, “*Crímenes sin Castigo Calamidad*”, “*Conspiración Alevosía Infame*”; también se encuentran los que ejemplificaban premios y castigos, así como victorias y derrotas, que hacían referencia tanto a lo que se vivía cotidianamente en el desierto, como a lo que estaba en relación directa con el objetivo de la marcha, como “*El Cielo Premiando la Constancia*”, “*Chocorí Pagó sus Delitos*”, “*Pichiloncoy Acuchillado Concluido*”, “*Llanquiman Prisionero Victoria*”.

Otras de las cosas que servían para mantener alto el espíritu de la tropa, sobre todo cuando se encontraban lejos del hogar, como en este caso, era la celebración de los días patrios (el 25 de mayo y el 9 de julio) y de las festividades religiosas (el 24 de junio, día



de San Juan y el 29 de junio, día de San Pedro) (Garretón op.cit.:85-98-103-115).<sup>13</sup>

Las fiestas patrias comenzaban a celebrarse en la víspera, con la preparación de grandes fogones y los correspondientes vivas patrióticos. A la mañana siguiente, se empezaba con la formación militar, se seguía con el saludo de veintiún cañonazos y tres descargas de mosquetería y el resto del día estaba destinado a la diversión con diversos juegos (sortija, rompecabezas, cucaña, gallo ciego, palo jabonado, rifas con premios). “*Todo era patriotismo, todo entusiasmo. Ni las frecuentes garúas de este día, embarazaban las diversiones con que se celebraba*”, cuenta Garretón (op.cit.:119). Luego, a las siete y media de la noche, se preparaba un convite al que asistían jefes, oficiales, ciudadanos y caciques amigos, que incluía cena (carne, vino, galleta, queso y pasteles) y baile hasta las doce de la noche. Antes de ello, el general en jefe de la expedición dirigía a la tropa unas palabras, las más de las veces leídas por el segundo jefe en el campamento, el coronel Corvalán, debido a los compromisos urgentes que debía atender de momento y que lo retenían en su tienda. A la hora de la oración, Rosas, junto con su comitiva, visitaban uno por uno a los expedicionarios a quienes vitoreaba y arengaba en su calidad de expedicionario y ciudadano.

También se celebraban los triunfos sobre el enemigo. Así lo registra Garretón (op.cit.:127) el 22 de julio de 1833 en el Diario de Marchas:

*“Después de las siete de la noche llegó el chasque del comandante de Patagones anticipando al señor general el aviso de varios triunfos conseguidos sobre el cacique Chocorí el uno, Pitirilcoy el otro, y tolderías situadas mucho más arriba de Chuelechel sobre el camino de las Manzanas [...] S. S., comunicó inmediatamente a los cuerpos tan importantes noticias y ordenó se celebrasen”.*

<sup>13</sup> Fue Juan Manuel de Rosas, durante su segundo gobierno, quien a través del decreto del 11 de junio de 1835 declaró al 9 de Julio como fiesta cívica nacional para recordar el día de la independencia.



Incluso, le fueron entregadas la cota de malla y el sable de Chocorí, motivo por el cual el general Rosas ordenó se hiciese una salva de 21 cañonazos y que los trofeos fuesen puestos en exposición pública (Garretón op.cit.:129). O cuando fue ocupada la isla de Choele Choel y recorrida en toda su extensión, encontrándose y tomando prisioneras a las familias de los indios que la poblaban, incluidas las del cacique Chocorí y Maulín, y liberando del cautiverio a los “*cristianos*” que tenían en su poder. En conocimiento de ello, Rosas ordenó que se hiciera una salva para celebrar los triunfos obtenidos (Garretón op.cit.:142). El día 2 de septiembre de 1833, Rosas recibe en el campamento del Colorado a un chasque que le informa que la división que comandaban los tenientes coroneles Francisco Sosa y Juan José Hernández había cargado el día 16 de agosto contra las tolderías ubicadas en el río Colorado, sobre el camino que llevaba al río Charileu.

*“Entre los muertos se encuentran, registra Garretón (op.cit.:164), dos caciques Millao y Pichiloncoy, un caciquillo y tres chasques de los indios chilenos que habían llegado, y a más cincuenta indios de pelea. Fueron prisioneros seis indios y setenta y tantas indias con cacique Paynen, presa valiosa por estar al cabo de todos los planes y movimientos de los indios, sus recursos y puntos que ocupan [...] También se tomaron ochenta caballos y seis vacas”.*

Más adelante, se tomó prisionero al cacique Llanquiman (o Yanquiman), quien había atacado la posta de Lafquen-Monocó o Laguna de los Manantiales y dado muerte



al capitán Felipe Rodríguez, encargado de la posta.<sup>14</sup> Las declaraciones de los detenidos fueron tomadas por los caciques amigos Catriel y Cachul en el cuartel general del Colorado (Garretón op.cit.:169). El 6 de octubre tuvo lugar la derrota del cacique Cayupán, aunque éste alcanzó a escapar (Garretón op.cit.:186).

También comenzaron a llegar numerosos caciques tehuelches con sus comitivas a fin de conocer al General Rosas y darle pruebas de confianza y amistad e iniciar así las negociaciones de paz.

Las proclamas, además de los órdenes del día, que Rosas dirigía periódicamente a la tropa para arengarla, también sirven para conocer parte de su pensamiento. Allí, les pide a los soldados que, de alguna manera, reconocieran, entre todos, el trabajo realizado, el esfuerzo invertido y las victorias obtenidas. Por ejemplo:

*“Traspasados de el hambre, faltos á mucho de los vicios de entretenimiento, pero poseídos del más vivo entusiasmo y reproduciendo el juramento de su constancia. Os dirigen otra vez la expresión sincera de su cordial cariño y el fino abrazo de confraternidad. Os felicitan por sus mismos triunfos eslabonados, partiendo con vosotros tanta felicidad y tanta gloria”* (Garretón op.cit.:132-133).

En esta otra, les dice lo siguiente:

---

<sup>14</sup> Esta posta fue creada por Rosas el 19 de abril de 1833 con la finalidad de que sirviera al auxilio de los chasques del ejército y las comunicaciones de oficio (Garretón op.cit.:61). En total, desde la guardia del Monte hasta el Colorado, se crearon veinte postas. En cada posta había 100 hombres con unos 600 animales.



“Soldados: los partes del mayor general, general don Ángel Pacheco que he dispuesto se os lean en la parada de hoy, importan una brillante jornada cuyo mérito es una corona de laureles. Felicitaos pues, recíprocamente, entre las emociones de la confraternidad y gratitud encarecida” (Garretón op.cit.:165).

Ambas proclamas son un llamado llano a los expedicionarios para que se sientan compatriotas y lo único que puede unir a los que son de una misma patria es la hermandad. Por ello, apela al abrazo y al cariño fraterno, como manifestaciones de felicidad y gloria conseguidas ante tanto sacrificio, más que a la recompensa de una corona de laureles obtenida en mérito de una brillante actuación militar.

Otro detalle interesante son los vivas al general Rosas. Garretón (op.cit.:166-167) menciona que “...la disposición marcial de aquellos guerreros era entusiasta. El contento general de todos, es el signo de su buena moral y disciplina”. A continuación, transcribe lo proclamado por el general Ángel Pacheco en la jornada del 26 de agosto de 1833:

“Camaradas: Los cuerpos del ejército y guarniciones de Bahía Blanca, por conducto de sus jefes han felicitado al señor General en Jefe del modo más expresivo por los prósperos sucesos de la vanguardia y olvidándose de las fatigas y privaciones que ellos han experimentado en sus distintas expediciones e importantes reconocimientos, sólo se acuerdan de los nuestros simpatizando con las penurias que han pasado ya. Recuerdos tan honrosos como amigables nos ponen en el grato deber de acreditarles que tales han sido nuestros más sinceros sentimientos. Compañeros ¡Viva el señor general Brigadier don Juan Manuel de Rosas! Salud y prosperidad a nuestros compañeros de armas que lo acompañan”.



El 10 de septiembre de 1833 comenzaron a llegar al campamento del Colorado los cautivos cristianos que tenían los ranqueles en su poder y que se habían comprometido a entregar (Garretón op.cit.:167). El nombre de cada uno de ellos fue publicado en la “*Gaceta Mercantil*” a fin de que pudieran ser reconocidos por sus familiares (Academia Nacional de la Historia 1979).

Finalmente, la comisión científica que acompañó a la expedición se encargó de realizar las observaciones correspondientes (cuando el tiempo se lo permitió). Así, el astrónomo Nicolás Descalzi realizó cálculos de longitud y latitud, rumbos y distancias directas, observaciones barométricas y termométricas sobre distintos puntos, registro de un eclipse de luna y las alturas del borde inferior del sol en el horizonte artificial, con sus respectivas horas. También se examinó la navegabilidad de los ríos Colorado y Negro. Todos los cálculos eran entregados a Rosas, quien remitía los originales a la superioridad correspondiente y a la “*Gaceta Mercantil*” para su publicación. Por su parte, el agrimensor Feliciano Chiclana midió y levantó los planos correspondientes a la región.

De acuerdo a lo presentado, es de destacar que la campaña no fue sólo una expedición militar, sino también una campaña científica y exploradora de las potencialidades y riquezas que contenía esa parte del sur de la frontera. Rosas sentía que cumplía un servicio a la patria al terminar con aquellas tribus enemigas que no querían la convivencia y el trato pacífico con los pobladores criollos y al sumar para el estado de Buenos Aires más de dos mil leguas de tierras fértiles susceptibles de apropiación y explotación económica. De la misma forma, buscaba lograr, mantener y aumentar la adhesión y el reconocimiento de su tropa.

## ***LA COMPOSICIÓN DE LA FUERZA EXPEDICIONARIA***

No entraremos en un análisis de la organización militar del ejército



expedicionario,<sup>15</sup> dado que nuestro interés se centra en la composición social de esta fuerza.<sup>16</sup> Como dijimos al comienzo del texto, Rosas se encontraba al frente del ejército como comandante en jefe, siguiéndole, en orden de importancia –como segundo jefe–, el general Ángel Pacheco y luego los coroneles y tenientes coroneles a cargo de regimientos y batallones. Seguían, en orden decreciente, los sargentos mayores, los capitanes, los tenientes y los alféreces. Por último, los capataces, baqueanos, lenguaraces y vivanderos.<sup>17</sup>

Rosas le describe a su amigo Juan N. Terrero, en carta fechada el 12 de septiembre de 1833 en el campamento del Colorado, el estado de sus fuerzas:

*“Aún no ha llegado la derecha, y sigo con un puñado de soldados haciendo la fatiga en toda la extensión de tan dilatado como escabroso desierto. En Choele-Choel está la principal fuerza y los mejores jefes con Pacheco. Tiene novecientos hombres sin indios entre caballería e infantería. Ramos anda hoy cerca de la cordillera a cien leguas de este punto con trescientos soldados de caballería y cien indios. Por allí los campos son pura piedra y montes [...] Miranda anda con ciento veinte soldados y sesenta indios, a más de cien leguas de distancia, en rumbo al noroeste, por los campos linderos a los ranqueles. Al mayor Ibáñez lo he despachado hoy con cincuenta cristianos y cien pampas, con la orden de pasar el Rio Negro y correr el campo hasta cien leguas al sud [...] Después de esto, ya no me quedan aquí más que ciento cincuenta infantes, los artilleros y la gente que cuida las reses y los caballos flacos que siempre tengo invernando”* (Saldías 1948 t.I:129-136).

<sup>15</sup> Para ello, véase, entre otros, Saldías (1912) y Beverina (1992).

<sup>16</sup> Para ello, hemos hecho una primera aproximación prosopográfica a partir de los datos biográficos relevados, básicamente, de los Diccionarios Histórico-Biográficos de Udaondo (1938), Yabén (1938) y Cutolo (1968).

<sup>17</sup> Aquí no contaremos a las fuerzas de los indios amigos, que tenían también su propia estructura jerárquica de caciques, caciquillos y soldados.



En principio, es necesario decir que todos los expedicionarios tenían experiencia en la lucha armada. El inicio de la carrera de las armas lo habían tenido en las unidades milicianas que se habían formado con motivo de las Invasiones Inglesas y la Revolución de Mayo. Así, el ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata comprendía una suma de Regimientos y Batallones que habían surgido a instancias de hombres que habían decidido reclutar voluntarios y armas, bajo sus costas, para defender la ciudad de invasiones extranjeras o bien luchar por la libertad de la patria. Así, muchos jefes y oficiales se habían iniciado o bien en el Regimiento Dragones de la Patria (como el teniente coronel José María Flores),<sup>18</sup> o el Regimiento Húsares de Buenos Aires (como el coronel Eugenio del Busto y el teniente coronel Hilario Lagos),<sup>19</sup> o el Batallón de Arribeños (como el coronel Manuel Corvalán),<sup>20</sup> o el Regimiento de Patricios (como los

<sup>18</sup> También llamado Regimiento Fijo de Caballería de Buenos Aires, fue creado en 1772, cuando el Río de la Plata aún pertenecía al Virreinato del Perú. Cuando en 1776 se crea el Virreinato del Río de la Plata, pasa a integrar las unidades del mismo y en 1810 a las de las Provincias Unidas del Río de la Plata (Beverina, 1992).

<sup>19</sup> Fue creado en 1806 por Juan Martín de Pueyrredón. En 1810, pasó a llamarse Húsares de la Patria y se transformó en Regimiento. En 1820, se denominó Húsares de Buenos Aires y participó de la Guerra contra el Brasil. En 1826, Carlos María de Alvear, general en jefe del ejército republicano, dispuso su conversión en Regimiento N° 10 de Caballería. Finalizada la guerra, se disolvió. En 1830, el Regimiento de Caballería de Línea Húsares Defensores del Honor Nacional fue reorganizado como milicia provincial y disuelto en 1841. En 1854, se creó el Regimiento de Línea N° 3 Húsares del Plata y en 1856 fue recreado como Regimiento N° 10 de Caballería de Línea. En 1881 se fusionó con el Regimiento N° 6 y, en 1919, recibió el nombre de Húsares de Pueyrredón.

<sup>20</sup> El Batallón de Arribeños o Batallón de Voluntarios Urbanos fue creado en 1806, después de la primera Invasión Inglesa, con voluntarios provenientes de las provincias del interior y de Buenos Aires. En 1810 fue elevado a Regimiento y en 1820 desapareció.



tenientes coroneles Manuel Delgado o Francisco Sosa),<sup>21</sup> o el Regimiento de Artillería Volante (como el coronel Antonio Ramírez y el teniente coronel Juan Pedro Luna),<sup>22</sup> o el Regimiento de Granaderos a Caballo (como el general Ángel Pacheco y el coronel Pedro Ramos),<sup>23</sup> o el Regimiento de Artillería de la Patria (como el coronel Juan Antonio Garretón),<sup>24</sup> o el Escuadrón de Caballería Patriótica de San José (como el coronel Ramón Rodríguez), o el Batallón de Infantería de Entre Ríos (como el teniente coronel Narciso del Valle), o el Batallón de Cazadores (como el teniente coronel Juan José Hernández y el capitán Gerónimo Costa).

Estos hombres, antes de sumarse al ejército expedicionario, habían participado en las guerras de la independencia, tanto en el Ejército del Norte o Ejército Auxiliar del Perú (1810-1817) y/o en el Ejército de los Andes (1816-1824), y, luego, en el Ejército Republicano, que participó de la Guerra contra el Imperio del Brasil (1825-1828). Después de finalizada la batalla de Ituzaingó el 20 de febrero de 1827, que puso punto final a la Guerra contra el Brasil, a los políticos les esperaba el inicio de las conversaciones de paz y a los combatientes el sinuoso camino de las guerras civiles. Estos hombres, hoy jefes de la expedición de Rosas, que en aquellos tiempos habían sido soldados y habían entrado en conocimiento unos con otros, entablado relaciones de compañerismo y amistad y reconocido el valor y el patriotismo con que algunos de ellos

<sup>21</sup> En 1806, nace, con motivo de las Invasiones Inglesas, la Legión de Patricios Voluntarios Urbanos de Buenos Aires, a instancias de Santiago de Liniers. En 1810 se convierte en Regimiento.

<sup>22</sup> La unidad miliciana Cuerpo de Voluntarios Artilleros de la Unión o Cuerpo de Voluntarios Patriotas de la Unión, creada con motivo de las Invasiones Inglesas en 1806 y 1807, pasó a llamarse Cuerpo de Artillería Volante. En 1810, después de la Revolución de Mayo, quedó subsumida en el Real Cuerpo de Artillería de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

<sup>23</sup> Creado en 1812 por José de San Martín. Después de la Guerra contra el Brasil, desapareció. En 1903, volvió a recrearse, cumpliendo, hasta el presente, la función de escolta presidencial.

<sup>24</sup> En 1812, el Real Cuerpo de Artillería de las Provincias Unidas del Río de la Plata se transforma en el Regimiento de Artillería de la Patria, que fue disuelto en 1820.



se entregaron a los combates, comenzaron a dividirse en razón de causas políticas, pues divergían en la forma de pensar la organización del país. Pero el debate que debía darse en la tribuna, terminó haciendo desenvainar la espada a unitarios y federales. Y la lealtad a la patria, se transformó en el seguimiento a un hombre.

La destituyente Revolución Decembrina que encabezó el general Juan Lavalle el 1° de diciembre de 1828 para derrocar el gobierno de los federales, y que decidió el fusilamiento del entonces gobernador coronel Manuel Dorrego el día 13 de ese mismo mes y año, marcó un antes y un después en la guerra fratricida. Derrotado a su vez Lavalle en el campo de batalla, Juan Manuel de Rosas emergía como el nuevo jefe natural de los federales, siendo elegido gobernador el 8 de diciembre de 1829, mientras Lavalle, junto al general José María Paz, quien encabezaba la Liga Unitaria del interior, continuaron la lucha hasta bien entrado los años 40.

Finalizado su primer gobierno en 1832, Rosas, como dijimos más arriba, se ocupó de organizar la Expedición al Desierto. Más allá de ser un hacendado de importante renombre, no había tenido ni formación ni experiencia militar. Así lo pone de manifiesto John Murray Forbes, representante del gobierno de los Estados Unidos, cuando asiste a la ceremonia de asunción de gobernador Juan Manuel de Rosas el 9 de diciembre de 1829:

*“Vestía un rico uniforme militar y me confesó con toda ingenuidad que era la primera vez en su vida que usaba semejante prenda, aun cuando es bien sabido que ha tenido el rango y autoridad de comandante general en este país, desde hace más de nueve años. Ha ejercido esta alta autoridad vistiendo siempre la común indumentaria de los paisanos...”* (Forbes 1956:568).

¿Cómo logra entonces ser reconocido y aceptado como jefe de un ejército en



cuyas filas se encontraban hombres de una acendrada formación y experiencia militar, *héroes de la independencia*, que ostentaban en sus pechos importantes condecoraciones, como cordones de honor y medallas de oro y plata, y a quienes se les reconocían valerosas, heroicas y trascendentales actuaciones militares? Entre ellos, podemos mencionar al general Ángel Pacheco, quien fue distinguido por el general José San Martín cuando lo mandó a Buenos Aires con la bandera del Regimiento de Talavera y el estandarte de Dragones de Chile, conjuntamente con otros dos trofeos y el parte de la acción, para ponerlos en manos del Director Supremo, general Juan M. de Pueyrredón; concluida su misión, regresó a Chile y, por sus actuaciones, recibió un cordón y una medalla de oro de parte del Gobierno de las Provincias Unidas y otra medalla del Gobierno de Chile; por su desempeño en la Guerra contra el Imperio del Brasil, recibió un cordón de plata con gavetes de oro pendiente del cuello y un escudo del mismo metal en el brazo izquierdo; luego, por su lucha en la frontera, se le concedió una medalla de oro con el lema de su nombre y apellido; finalmente, por su campaña en el río Negro recibió una medalla de oro. También, los coroneles Miguel Gregorio Planes y Ramón Rodríguez se hicieron acreedores a un escudo y cordón de honor por haber asistido a la batalla de Ituzaingó. El coronel Pedro Ramos recibió, por sus acciones en el sitio de Montevideo (1814), una medalla otorgada por el Director José G. de Posadas con el lema “*La Patria a los vencedores de Montevideo*”, mereciendo el dictado de “*Benemérito de la Patria en grado heroico y eminente*”; por participar en la batalla de Chacabuco (1817), recibió una medalla de plata con el lema “*La Patria a los vencedores de los Andes: por el valor en Chacabuco*”; también fue reconocido con medalla y cordón de plata por el gobierno de Chile; y la realización de una campaña al sur de Chile le mereció la medalla de la “*Campaña de los Andes*”.

La minuciosidad de Rosas para la organización y la buena administración, ganada durante su experiencia como gestor de negocios rurales, propios y ajenos (en sociedad con Juan N. Terrero y Luis Dorrego o en relación de dependencia con sus primos los



hermanos Anchorena), contribuyó, sin duda, al éxito de la empresa de esta expedición militar. Previno las necesidades, los riesgos, los peligros y las amenazas con la certeza y convicción del desafío que enfrentaba. Sabía cómo se debía marchar y en qué orden, dónde y de qué manera acampar, cómo distribuir la caballada (la que marchaba y la que invernaba) y el ganado para consumo, y el envío de las comisiones y partidas. Rosas actuaba, desde el campamento del Colorado, donde se estableció, como enlace entre el Fuerte de Carmen de Patagones y la Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca), manteniendo un asiduo contacto e intenso intercambio entre estas dos plazas y la Guardia de San Miguel del Monte, donde se encontraba Vicente González, el “*Carancho del Monte*”, que actuaba de comisionado e intermediario con Buenos Aires, donde, a su vez, se encontraban Juan N. Terrero y Manuel José Guerrico, que hacían lo mismo en el centro capital.

Rosas, a su vez, conocía perfectamente el movimiento de la frontera y tenía trato amistoso con muchos caciques indios. En su estancia “*Los Cerrillos*”, en San Miguel del Monte, organizó, en su momento, una compañía celadora, “*Los Colorados del Monte*”, encargada de vigilar y defender sus tierras. Eran 600 milicianos organizados militarmente con la misma disciplina que los soldados de los regimientos de línea –luego convertido en el Regimiento N° 5 de Caballería.<sup>25</sup>

Esta experiencia del trabajo y la vida en la frontera hizo que Rosas se entendiera perfectamente bien con muchos jefes de milicias y comandantes de campaña, como el coronel Ramón Rodríguez, quien de 1827 a 1829 fue Comandante de Patagones y al finalizar su comandancia se incorporó a las divisiones que dirigía el Comandante

---

<sup>25</sup> Estaban armados con sable, lanza enastada en una tacuara con borla roja y boleadoras atadas a la cintura. Como uniforme usaban un gorro de manga, camisa y chiripa colorados y calzoncillos blancos. Calzaban botas de potro despuntadas y espuelas de plata. Su bautismo de fuego se produjo el 30 de junio de 1820, cuando reconquistaron el Fuerte de Buenos Aires, que había sido tomado en una insurrección por el coronel Pagola, asegurando así la continuidad del gobierno de Martín Rodríguez.



General de Campaña J. M. de Rosas, siendo promovido a coronel del Regimiento N° 3 de Milicias de Campaña; luego se sumó a las fuerzas de Pacheco para realizar una expedición de reconocimiento del río Salado; en 1831 marchó a Córdoba, bajo las órdenes del general J. R. Balcarce, para luchar contra el general J. M. Paz; en 1833 participó de la Campaña al Desierto a cargo de los Piquetes de Línea; de regreso, en 1834, fue nombrado jefe del Batallón Defensores de Buenos Aires y en 1835 pasó a formar parte de la plana mayor de edecanes de Rosas. En el caso del coronel Antonio Ramírez, éste obtuvo despachos de teniente coronel en 1829 y comandó el 1er. Escuadrón del Regimiento N° 2 de Caballería de Campaña con sede en Luján; en 1831 formó parte del Ejército de Reserva, bajo el mando del general J. R. Balcarce, en lucha contra la Liga Unitaria del interior; en 1833, participó de la Campaña al Desierto y de regreso, en 1834, volvió a ser nombrado Comandante del 2° de Caballería de Campaña con sede en Luján, donde custodió al Gral. Paz cuando éste estuvo preso en el Cabildo de la Villa de 1835 a 1839. En 1835, Ramírez fue a buscar al prisionero a la posta de Arroyo del Medio y cuando Paz lo vio, reconoció en él a su antiguo compañero del Ejército del Perú y si bien el trato amistoso que Ramírez le dispensó, en nombre de los viejos tiempos, fue un alivio tranquilizador para el espíritu del General *manco*, este gesto, sin embargo, no alcanzó a borrar la abismal distancia política que los separaba (Paz 1960:100).

Otros militares, además de haber sido jefes milicianos y comandantes de campaña, habían participado de expediciones militares previas al interior de la provincia, como el coronel Pedro Ramos, quien en 1822 se incorporó al Regimiento N° 2 de Caballería Patricia bajo el mando del coronel Agustín de Pinedo, con quien hizo campañas al sur; en 1824 fue ascendido a capitán del Regimiento Húsares de Buenos Aires e hizo las campañas a Tandil y Sierra de la Ventana con el general Martín Rodríguez; en 1826 combatió bajo las órdenes del coronel Federico Rauch y por su brillante actuación fue promovido a sargento mayor del 5° de Caballería (ex Húsares de



Buenos Aires); en 1827 fue destacado en la Guardia de Salto y por su actuación fue ascendido a comandante; participó de la campaña de Rauch contra los Pincheira y en 1828 fue designado en el Fuerte Federación; después de la derrota de Lavalle fue ascendido a teniente coronel y nombrado Jefe del Regimiento N° 1 de Caballería de Campaña, pasando luego a la Sub-Inspección de Campaña; en 1831 fue ascendido a Coronel e incorporado al Ejército Auxiliar Confederado que, bajo las órdenes del general Estanislao López, marchó a Córdoba para luchar contra las fuerzas del Gral. Paz; de regreso en Buenos Aires fue Sub-Inspector de armas de la campaña porteña y jefe de la guarnición de la isla Martín García; en 1833 participa de la Expedición al Desierto y a la vuelta, cuando Rosas asume su segundo mandato, es nombrado edecán del gobernador.

También están aquellos que por su experiencia de vida pudieron realizar riesgosas misiones de espionaje para obtener valiosa información sobre los planes y movimientos de los indios enemigos. Es el caso del coronel Eugenio del Busto, quien de niño fue robado de su hogar y llevado al sur, donde lo capturó una tribu de indios, permaneciendo con ellos hasta 1825, año en que fue rescatado por una expedición al mando del coronel Federico Rauch; en 1826 se incorporó al Regimiento N° 5 de Húsares, prestando servicios como baqueano y lenguaraz; en la guerra civil de 1829, Rauch es derrotado y del Busto cae herido y es hecho prisionero; liberado ese mismo año, Rosas lo promueve a capitán y le pide permanecer al menos dos años y diez meses en las tolderías de los indios borogas y Pincheira para conocer sus objetivos; al regreso, es promovido a sargento mayor y nombrado ayudante de campo del jefe de las fuerzas nacionales que marcharon al río Negro. También es el caso del teniente coronel Manuel Delgado. De impecable foja militar, en 1830 es nombrado edecán del gobernador y, al año siguiente, Rosas lo comisiona para ir al campamento de los Pincheira, conduciendo rehenes para la celebración de tratados de amistad y buena relación con la provincia de Buenos Aires. El campamento de los Pincheira se encontraba en el valle del Portillo en



Mendoza. A los 4 meses, julio de 1831, regresó habiendo cumplimentado su misión satisfactoriamente y trayendo valiosa información. En razón de esto fue promovido a teniente coronel. En 1834, al regreso de la Campaña al Desierto, permaneció en la plana mayor del ejército hasta 1839, año en que fue destinado al Escuadrón de Dragones, de nueva creación, ascendiendo a coronel (Yabén 1938 t.II:211-213).

Otro dos casos interesantes para reseñar son los de los tenientes coroneles Narciso del Valle y Francisco Sosa. Del Valle, nacido en la ciudad de Santa Fe en 1794, abraza, a los 18 años, la carrera de las armas, iniciando así una intensa vida militar en la provincia de Entre Ríos, que pronto continuará en la de Buenos Aires. Allí acompañará al general M. Rodríguez en su última expedición al desierto, llegando hasta la Sierra de la Ventana. De regreso, pasarán por Tandil y la Guardia de Kakel Huincul; en 1824 se incorpora al Regimiento de Coraceros –en 1826 Regimiento N° 7 de Caballería– destacado en dicha Guardia; en 1827 es asignado al Fuerte Independencia; en 1828 es nombrado comandante y pasa al Fuerte Argentino, luego a Chascomús, donde es ascendido a coronel, y, finalmente, a Dolores; en 1830 es nombrado comandante del Regimiento N° 1 de Milicias de Caballería; en 1832 alternaba su servicio entre los Fuertes Independencia y Argentino y en 1833, al mando del Regimiento N° 5 de Caballería de Campaña, realiza la Campaña al Desierto, siendo promovido, a su regreso, a coronel. El derrotero de Francisco Sosa no es muy diferente. En 1816, recibido de los despachos de teniente 2° del Regimiento N° 3 de Milicias de Caballería de Campaña de Buenos Aires, en 1824, se incorpora como baqueano en la expedición de M. Rodríguez a Sierra de la Ventana, cargo que ejerció hasta 1827; luego lo fue del Cnel. Andrés Morel en Kakel Huincul y del Regimiento de Coraceros (después N° 7 de Caballería) y del mayor Narciso Del Valle; en 1826 hizo la campaña con el Cnel. Rauch; en 1829 tomó parte, bajo el mando de Rosas, de la guerra contra Lavalle; después de esto figura como teniente coronel-jefe de la División de Observación acantonada en la Guardia de S. M. del Monte; en 1830, Rosas le extiende despachos de teniente coronel de caballería



de línea, comandante del 1er escuadrón del Regimiento N° 8 de Milicias de Caballería, cuerpo de nueva creación, de guarnición en Ranchos, Dolores y Chascomús; en 1831, fue nombrado comandante del escuadrón del Regimiento N° 5 de Milicias destacado en Dolores; en 1832 guarneció el Fuerte Independencia y luego el Fuerte Argentino; al frente del Escuadrón de Carabineros del 5 de Milicias de Caballería hizo la Campaña al Desierto, en la cual tuvo una actuación brillante. Prudencio Arnold dice en sus memorias que Rosas

*“...llamó a Don Francisco Sosa (alias) ‘Pancho el Ñato’, el más renombrado gaucho de los Montes Grandes, por su valor, vaquía en el campo y destreza para manejar el cuchillo en el combate y le ordenó formar un escuadrón ligero de hombres a su gusto, para hacerle a los indios la guerra de sorpresa, igual a la que ellos nos hacían a nosotros” (Arnold 1970:19).*

La mayoría de los oficiales que en número apreciable marchaban en el ejército de Rosas fueron extraídos de las guardias de frontera (Yabén op.cit.:131). No estaban formados profesionalmente en la técnica de la guerra, aunque sí tenían gran experiencia de la violenta vida rural de la pampa. Esa vida, el conocimiento milimétrico que tenían de los accidentes del terreno, los parajes, los pastos, las aguadas, les dio la sabiduría para saber leer el territorio y los especializó en los ataques por sorpresa a los indios.

Por otro lado, se dio el caso de expedicionarios que se retiraron, solicitaron sus pasaportes y se volvieron a Buenos Aires, como el del coronel Miguel Gregorio Planes, el teniente coronel Juan Pedro Luna y otros 10 jefes y oficiales. Esta situación se produjo cuando Rosas les comunicó, a todos los jefes reunidos en el mes de marzo de 1833 al efecto, las trabas que estaba poniendo el gobierno del general Balcarce para la continuidad de la expedición y su decisión de proseguirla costase lo que costase,



invitando a retirarse a todos aquellos que estuvieran en desacuerdo. Y así lo hicieron.

Por último, cabe destacar el caso particular del teniente coronel Juan Zelarrayán. Éste, en 1826, fue enviado desde Tucumán, donde nació, como soldado en un contingente con destino al Ejército de Operaciones en la guerra contra Brasil; en 1829 fue uno de los tenientes que acompañó a Rosas en su campaña contra Lavalle; después de esto fue designado Comandante de la Guardia de Chascomús y en 1833 participa de la Campaña al Desierto; a su regreso fue nombrado teniente coronel del Regimiento de Blandengues (Regimiento N° 5 de Campaña), formando parte de la División de Salinas Grandes, que comandaba el coronel Francisco Sosa; en 1835 fue promovido a coronel y destacado en la frontera de Bahía Blanca, en la costa del río Colorado; pero descubierta por delación su oposición a Rosas, fue perseguido y alcanzado por una partida enviada especialmente al efecto, que le cortó la cabeza y la llevó a Bahía Blanca para ser entregada al coronel Martiniano Rodríguez, quien, de inmediato, la remitió a Buenos Aires, la cual fue colocada en una mesa en el patio del cuartel del Retiro a fin de que fuera exhibida ante los prisioneros.

A pesar de las diferencias que todos estos hombres pudieran tener, con carreras militares tan heterogéneas, aunque, en un punto, semejantes, con un alto grado de movilidad geográfica y de circulación por las distintas unidades militares, la referencia obligada era siempre el emblema de Mayo, la lucha por la patria y la libertad. Las promociones y ascensos eran meritocráticas y dependían absolutamente de las actuaciones en campañas y combates.

Más allá de la jerarquía impuesta por los grados militares, ¿cómo eran las relaciones entre todos estos hombres? Primero hay que decir que ante el enemigo en común, *el indio enemigo*, la diferencia de las jerarquías se diluía en pos de la unidad igualitaria en defensa de la vida y de la patria. A todos, en el campamento del Colorado o de recorrida en las partidas exploradoras, les afectaba de igual manera las inclemencias impiadosas del clima del sur, lluvias, frío y heladas, las incomodidades de



la vida a la intemperie, con serias limitaciones en el abastecimiento diario. Ante esto, cómo sostener la moral y la convicción de que lo que se estaba haciendo iba a dar buenos resultados. Cuál era la recompensa ante tanto sacrificio. En este sentido, si bien cada soldado recibía periódicamente su paga y su ración de carne y vicios por su servicio, qué lo sostenía en realidad ante las contrariedades diarias, incluso ante el riesgo de perder su propia vida en cada guardia, partida o contienda. Cuestiones que ya hemos planteado párrafos arriba.

¿A quién se era leal? ¿A un jefe? ¿A una causa? ¿A un gobierno? En este aspecto, algo puede aclararnos el Gral. Pacheco cuando, en carta enviada a su amigo Juan N. Terrero, le dice:

*“No crea Ud. mi amigo que a este Ejército es capaz de desanimarlo nada, un entusiasmo honroso anima todas las clases, y a él y a las acertadas disposiciones del Señor General en Jefe se deben exclusivamente los importantes resultados que han tenido los movimientos del Ejército [...] Por lo demás todos los Jefes tienen honor, conocen sus deberes, y profesan una adhesión sincera y decidida al General en Jefe así es que se manifiestan muy agraviados cuando ven en los papeles públicos los ataques atrevidos y licenciosos que le dirigen”*.<sup>26</sup>

Rosas había logrado esa unidad de las distintas clases en torno a su persona, lo que significaba en torno a su causa, que era la federal; a sus intereses ganaderos, que era acabar con el azote de los indios enemigos que asolaban a los pueblos y a las poblaciones de la frontera y lograr así la incorporación de más tierra al proceso productivo; y a sus intereses políticos, que era acabar con la anarquía y la guerra interna

<sup>26</sup> Carta del General Ángel Pacheco a Juan N. Terrero, Choele Choel, 2 de noviembre de 1833 (Saldías 1948 t.I:137-138).



y consolidar institucionalmente a la provincia de Buenos Aires a través de un gobierno fuerte y centralizado.

Aquí es importante analizar el tipo de trato y el sentido de algunas relaciones como las de amistad. Claro que hay distintos grados de amistad y esto es posible verlo en los encabezamientos y despedidas de las cartas. Por ejemplo, cuando Rosas se dirige a su amigo y antiguo socio Juan N. Terrero, le dice “*mi querido amigo y compañero Juan*” y al despedirse “*recibe un abrazo de confraternidad y el cariñoso adiós de tu compañero*”. Lo mismo hace con Facundo Quiroga, Vicente González y Felipe Arana. En cambio, cuando se dirige al coronel Manuel Corvalán, hombre de gran confianza para Rosas, le pone “*mi estimado Coronel*” y al despedirse, “*con los sentimientos de una amistad benévola quedo de Ud. affmo. Gral., y amigo*”. Corvalán, a su vez, le contesta y se dirige a él de la siguiente manera: “*Mi muy respetable General*” y, al concluir, “*Dios quiera darle buena salud, y la paciencia de Job para sobrellevar tanto cúmulo de disgustos que le causa esta desgraciada Patria y son los sinceros deseos de éste su más obediente súbdito*”.<sup>27</sup>

Para Rosas era muy importante el cultivo de la amistad, la constancia y la lealtad. Por ello, en carta a su amigo Felipe Arana, dice que:

*“Es muy conveniente que los amigos escriban a los Jefes, y oficiales que conozcan, y que dentro de las cartas les manden periódicos de los nuestros. No pueden Ustedes figurarse la impresión que hace esto en el desierto y lo que se estima [...] Si Ud. tiene amistad con Ramírez [Antonio], debe escribirle diciéndole algo de la política, aconsejándole la constancia [...] Otro puede escribirle a*

<sup>27</sup> Carta del General Rosas al Coronel Manuel Corvalán, Río Colorado, 29 de diciembre de 1833 y carta del Coronel Manuel Corvalán al General Rosas, Fuerte Argentino, 23 de diciembre de 1833 (Saldías op.cit. t.I:139-147 y 148-149).



Rodríguez [Ramón], y así de este modo creo conveniente que se haga con los demás”.<sup>28</sup>

Pedía que se escribiera alentando, aconsejando la constancia, incluso que se les pidiera a las madres de los libertos que les escribieran del mismo modo y que les mandaran impresos, pues “A esta clase de gente les gustan los versos, y también les ha de agradar el Restaurador con el retrato”.<sup>29</sup> Si bien sabía que la tropa se componía de gente entregada al servicio por malos y viciosos,<sup>30</sup> también era consciente que habían pasado el invierno, faltos de abrigo y sujetos al rigor de la más severa disciplina.

Muchos de estos hombres siguieron acompañando después a Rosas en el campo de la política, cuando éste asumió en 1835 su segundo gobierno. Tanto el general Pacheco (de 1833 a 1842 y de 1849 a 1851), como el general Corvalán (1838-1840, 1842 y 1845-1847) y los coroneles Antonio Ramírez (1835-1840 y 1843) y Ramón Rodríguez (1850-1851) tuvieron una destacada actuación política en la Sala de Representantes. También fueron edecanes suyos el mismo Corvalán (a quien, además, en 1837 promovió a general en premio a su lealtad y a sus servicios), J. A. Garretón, P. Ramos, A. Reyes (fue el hombre en el cual Rosas depositó su mayor confianza y éste le respondió con absoluta lealtad),<sup>31</sup> R. Rodríguez, N. Del Valle, N. Granada y J. J.

<sup>28</sup> Carta de Juan Manuel de Rosas a Felipe Arana, Río Colorado, 26 de agosto de 1833 (Cartas 2004 t.I:275).

<sup>29</sup> *Ibidem*.

<sup>30</sup> Para analizar este tema, véase Ramos Mejía (2001:535-589) y Salvatore (2003).

<sup>31</sup> En 1835, Rosas le extendió despachos de Capitán de Milicias de Caballería en atención a los méritos y servicios como ciudadano y en 1838 fue promovido a Sargento Mayor. En 1836 fue incorporado a la Secretaría, revistando en la Plana Mayor de Edecanes de 1836 a 1852. Desde 1840 fue Jefe de la Secretaría establecida en el campamento de Santos Lugares (el jefe del campamento era el general Agustín de Pinedo y luego el coronel José María Montes de Oca, Inspector y Comandante General de



Hernández.

Aquellos que no se dedicaron a la política, cumplieron otras funciones, especialmente en la frontera. Es el caso, nuevamente, de Eugenio del Busto, quien al regreso de la expedición desempeñó numerosas comisiones por indicación del gobierno; en 1835 participó de una expedición contra Calfucurá y los ranqueles; al año siguiente realizó una importante expedición a las fronteras de Córdoba, Santa Fe y Mendoza; luego se sumó a la División del Cnel. P. Ramos y en 1837 y 1838 a la del Cnel. A. Ramírez; en 1838 revistó en la División del Sud bajo el mando del Cnel. N. Granada; de 1839 a 1844 cubrió la frontera de Tapalqué; en 1845 fundó el pueblo de Bragado y marchó a cubrir la frontera del Centro, en la cual permaneció hasta 1851, participando, en 1852, en la batalla de Caseros.<sup>32</sup> Otros asumieron comandancias militares, como el Cnel. Garretón, quien de 1835 a 1849 se desempeñó como comandante militar de San Nicolás de los Arroyos; o el Cnel. N. del Valle, quien en 1835 fue designado por Rosas para integrar su cuerpo de Edecanes y en 1836 regresó al Fuerte Azul donde había quedado su Regimiento, dedicándose a hacer campaña contra los indios enemigos; en 1839 fue designado para guarecer Dolores, donde lo sorprendió la Revolución de los Libres del Sur, a quienes enfrentó en defensa del Restaurador; ese año propuso la creación del partido de Lobería, la cual es aceptada, y en 1849 pasó nuevamente al

---

Armas). En 1840, también, fue nombrado Juez de Paz de San Fernando, manteniendo, simultáneamente, los cargos anteriores (Yabén op.cit. t.V:28-31).

<sup>32</sup> En 1868, del Busto envió a Rosas, exiliado ya en Inglaterra, un retrato suyo como recuerdo con una dedicatoria. Tiempo atrás, le había hecho llegar un poncho pampa. El 6 de diciembre de 1868, en carta a José María Roxas y Patrón, Rosas le pide que: *“Si lo ve V. [a del Busto] y no tiene inconveniente, dígame que he recibido su retrato con la manifestación de su aprecio y recuerdos. Que yo tampoco lo olvido, ni lo he de olvidar jamás. Y que le he de escribir directamente esto mismo y algo más en justa correspondencia. Que su nombre y servicios a la Patria en su clase de Jefe Lenguaraz, figuran varias veces en algunos de los rasgos históricos de mi vida, con justa y digna estimación”* (Yabén op.cit. t.II:194-197).



Fuerte Argentino, falleciendo antes de llegar.

También el Tte. Cnel. J. M. Flores, antes de realizar la Expedición al Desierto, prestaba servicios en la frontera oeste de la provincia, desempeñando la comandancia militar de Areco; cuando regresó fue destacado nuevamente en la frontera oeste con asiento en el Fuerte Federación. Era un hombre de la plena confianza del Gral. Pacheco y por ende de Rosas, al igual que el Tte. Cnel. J. J. Hernández. Éste se incorporó a las milicias de Buenos Aires en 1819 bajo el mando del entonces sargento mayor Á. Pacheco; prestó servicios en la frontera (Guardias de Salto y del Monte) y participó de varias campañas; en 1830 se incorporó a la División del Departamento Norte bajo las órdenes del ahora Cnel. Pacheco, siendo ascendido a comandante, y en 1831 participó, bajo el mando también de Pacheco, en la campaña de Córdoba contra la Liga Unitaria del interior; en 1833 participó de la Expedición al Desierto comandando el Escuadrón Escolta y a su regreso fue ascendido a coronel; entre 1835 y 1841 fue designado comandante militar de Patagones, siendo nombrado, además, edecán del gobernador. El Tte. Cnel. Hilario Lagos también tuvo, de alguna manera, el mismo derrotero. Incorporado en 1824 al Regimiento Húsares de Buenos Aires, realizó numerosas campañas en la frontera, contra los indios y contra los unitarios; prestó servicios en la Guardia de Salto, en el Fuerte Federación y en la Guardia de Rojas; de 1831 a 1833 prestó servicios en la Sub-Inspección de Campaña, participó de la Expedición al Desierto y, al regreso, fue destinado como coronel al Departamento Norte con el Gral. Pacheco con asiento en Federación (Yabén op.cit. t.III:256-264).

Muchos hombres siguieron al general Pacheco y, por intermedio suyo, al general Rosas. Pero Pacheco no fue el único caso. Por ejemplo, el sargento mayor Gerónimo Costa, quien en 1825 ingresó al Batallón de Cazadores y participó de la Guerra contra el Brasil; en 1828, después de producirse la Revolución Decembrina, se le dio de baja y siguió a su jefe, el coronel Félix de Olazábal, quien, en desacuerdo con Lavalle, se puso bajo las órdenes de Rosas; después de la Expedición al Desierto fue designado



comandante militar de la isla Martín García, defendiéndola heroicamente ante el avance oriental y francés; en 1840 participó de la lucha contra Lavalle bajo el mando del Gral. Manuel Oribe primero y Ángel Pacheco después; luego pasó a formar parte del ejército de Oribe (Yabén op.cit. t.II:81-84).

También están los que habiendo servido, en un momento dado, se pasan al bando opositor. Es el caso, por ejemplo, del capitán Juan Francisco Olmos. En 1821, Olmos aparece como sargento del piquete de Blandengues y en 1824 como agregado al cuerpo de voluntarios del capitán Benito Miguens, formando parte de la campaña de M. Rodríguez; en 1827 fue nombrado oficial del recientemente creado Regimiento N° 5 de Milicias de Campaña, pasando a Bahía Blanca con el mayor Francisco Sosa; allí participó de varios combates contra los indios con el comandante Martiniano Rodríguez; en 1828 se alistó para luchar contra el Gral. Lavalle y en 1833 participó de la Campaña al Desierto; al regreso fue designado comandante de milicias del partido de Chascomús; promovió a teniente coronel y comandante del 5° escuadrón del Regimiento N° 6 de Milicias de Caballería de Campaña, encargado del cantón de la boca del Salado, donde tenía un pequeño establecimiento de campo; en 1839 se sumó al movimiento revolucionario de los Libres del Sur; derrotado, se embarcó en el puerto del Tuyú y se incorporó al “*Ejército Libertador*” de los unitarios; acompañó a Lavalle en su cruzada libertadora y una vez muerto custodió sus restos hasta la catedral de Potosí; de regreso, se sumó a las fuerzas del general Urquiza en su campaña contra Rosas, asistiendo a la batalla de Caseros (Yabén op.cit. t.IV:269-271).

Por último, es interesante mencionar el caso del sargento mayor Pedro Regalado Rodríguez. Éste se alistó en la Expedición al Desierto cuando tenía 15 años de edad bajo las órdenes directas de Rosas, actuando como oficial auxiliar de la Comisaría de Guerra del Ejército. Cuando Rosas asumió el poder en 1835, ocupó la Secretaría del despacho, cargo que ejerció de 1835 a 1852 y de 1840 a 1845 se le encargó la Caja del Negocio Pacífico de Indios. A la caída de Rosas, en 1852, y después de su partida, el gobierno le



solicitó el arreglo y distribución de todos los papeles reunidos en Palermo, Santos Lugares y la Capital (Yabén op.cit. t.V:216-217).

Al finalizar la expedición, Rosas dirige a todos estos hombres, jefes, oficiales y tropa, las siguientes palabras:

*“¡Soldados de la patria! Hace doce meses que perdisteis de vista vuestros hogares para internaros en las vastas pampas del sur. Habéis operado sin cesar todo el invierno y terminado los trabajos de la campaña en doce meses como os lo anuncié. Vuestras lanzas han destruído los indios del desierto, castigando los crímenes y vengando los agravios de dos siglos. Las bellas regiones que se extienden hasta la cordillera de los Andes y las costas que se desenvuelven hasta el afamado Magallanes, quedan abiertas para nuestros hijos [...] ¡Compañeros! [...] sólo la sumisión perfecta á las leyes, la subordinación respetuosa á las autoridades que por ellas nos gobiernan, pueden asegurar la paz, libertad y justicia para nuestra tierra”* (Saldías 1951:387-388).

## CONSIDERACIONES FINALES

Uno de los modos de inscripción espacial de los estados colonial e independiente han sido las expediciones de campaña que, consideradas en su conjunto, dan una continuidad coherente y cronológica al proceso de espacialización del estado en el largo plazo.

La campaña de Rosas fue una campaña ofensiva,<sup>33</sup> cuya estrategia más importante

<sup>33</sup> En su reporte final, Rosas informó a las autoridades que, como consecuencia de las operaciones realizadas, se registró un total de 3.200 indios muertos, 1.200 prisioneros y 1.000 cautivos que recuperaron su libertad (muchas de las mujeres recuperadas tenían hijos). En cuanto a las tropas expedicionarias, se calcula un 50% de bajas entre muertos y desaparecidos (Walther op.cit.:235 y 237). Para el conocimiento del nombre, edad, pertenencia familiar, rasgos físicos o señas particulares,



fue no sólo sumar a los indios amigos como aliados, sino hacer la campaña en el otoño, cuando los indígenas se replegaban a sus tolderías en las costas de los ríos o cerca del mar, a fin de pasar el invierno, y jugar con el factor sorpresa, ya que desprevenidos y aislados, sin posibilidades de conferenciar, no esperaban ningún ataque de parte de los “*cristianos*” que los llevara a una guerra. Ante la sorpresa del ataque, si bien muchas tribus hicieron frente a la lucha, muriendo en las contiendas, muchos otros escaparon, siendo perseguidos hasta ser alcanzados. Rosas los invitaba a su cuartel en el Colorado para parlamentar y discutir sobre los intereses que atañía a cada uno.

La expedición estuvo perfectamente organizada. Nada quedó librado al azar. Instrucción, equipamiento y abastecimiento, todo, estuvo bajo el control administrativo y organizacional de Juan Manuel de Rosas. Todas las acciones se desarrollaron según su previsión.

Como consecuencia de la campaña, la *línea* de frontera se corrió hacia el oeste y el sur, lo cual implicó la incorporación de 2.900 leguas cuadradas de tierras fértiles aptas para la producción agrícola-ganadera. Se comprobó la navegabilidad de los ríos Colorado y Negro, como así también la riqueza económica de la región, abundante en árboles frutales, en especial manzanas, y producción de maderas. El establecimiento de postas a lo largo de la marcha, las exploraciones, incluso, más allá del río Negro, y el refuerzo de las guarniciones de Bahía Blanca y Carmen de Patagones significaron la afirmación territorial de los estados provincial y nacional.

Se logró concertar y mantener la paz con los pampas, borogas y tehuelches, al menos, hasta 1852, que es cuando cae el gobierno de Rosas. Rosas siempre había aconsejado establecer una política pacífica con los indios, conocida como “*Negocio Pacífico*”, en base a dádivas y entrega de raciones periódicas, en especial yeguas.

Rosas sin ser militar, pero sí un excelente administrador y conecedor de estas procedencia geográfica y años de cautiverio entre los indios de las personas liberadas, consúltese Academia Nacional de la Historia (op.cit.:1-92).



tierras pampeanas, consolidó su figura como “héroe del desierto”, equiparada a la de “héroe de la patria”, que ostentaban los generales de la independencia. A nivel político, sin embargo, asistía, a la distancia, al cuestionamiento de su primer gobierno bajo el ejercicio de las facultades extraordinarias y a la división del partido federal que dirigía entre “cismáticos” y “apostólicos”, “lomos negros” y “lomos colorados”. Ante el liberalismo de influencia unitaria que pretendía terminar con el orden restaurado por él entre 1829 y 1832, los federales “netos” se consideraban representantes de las ideas democráticas de la revolución de Mayo y volvían a confiar en la incorruptibilidad republicana de Rosas para “la restauración de las leyes”.

#### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. 1979. “Relación de los cristianos salvados del cautiverio por la División Izquierda del Ejército Expedicionario al mando del Señor Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires” (Imprenta del Estado, 1835). En: *Juan Manuel de Rosas y la redención de cautivos en su Campaña al Desierto (1833-1834)*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- ARNOLD, Prudencio. 1970 [1893]. *Un soldado argentino*. Buenos Aires, Eudeba.
- BARBA, Enrique. 1971. “Quién financió la Campaña al Desierto”. *Todo es Historia*, n° 48.
- BARBA, Fernando. 1997. *Frontera ganadera y guerra con el indio*. La Plata, Editorial de la UNLP.
- BARROS, Álvaro. 1957. *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur*. Buenos Aires, Hachette.
- BEVERINA, Juan. 1992. *El Virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar. Contribución a la “Historia del Ejército Argentino”*. Buenos Aires, Círculo Militar.



- CELESIA, Enrique. 1954. *Rosas. Aportes para su historia*. Buenos Aires, Ediciones Peuser.
- CUTOLO, Vicente O. 1968. *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*. Buenos Aires, Ediciones Elche.
- DARWIN, Charles. 2003. *Diario del Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- FORBES, John Murray. 1956. *Once años en Buenos Aires, 1820-1831*. Buenos Aires, Emecé Editores S.A.
- GÁLVEZ, Manuel. 1974 [1940]. *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires, Ediciones Río de la Plata.
- GARRETÓN, Juan Antonio. 1971. “Diario de las marchas y de las ocurrencias de la División Izquierda que comanda en Gefe el Sr. General D. Juan Manuel de Rosas”. En: *Partes detallados de la Expedición al Desierto de Juan Manuel de Rosas en 1833*. Buenos Aires, Eudeba.
- GOMEZ DE MIER, Eugenio (Presentación). 2004. *Cartas de Juan Manuel de Rosas, 1820-1833*. Buenos Aires, Editorial Docencia. T. I.
- IBARGUREN, Carlos. 1972 [1930]. *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*. Buenos Aires, Ediciones Theoría.
- IRAZUSTA, Julio. 1970 [1941]. *Vida Política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*. Buenos Aires, Trivium. 8 vols.
- PAZ, José María. 1960. *Memorias de la prisión. Buenos Aires en la época de Rosas*. Buenos Aires, Eudeba.
- RAMOS MEJÍA, José María. 2001 [1907]. *Rosas y su tiempo*. Buenos Aires, Emecé.
- RATTO, Silvia. 2007. *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*. Buenos Aires, Sudamericana.
- SALDÍAS, Adolfo. 1912. *Los números de línea del Ejército Argentino (Resumen Histórico)*. Buenos Aires, Edición del Ministerio de Guerra.



- SALDÍAS, Adolfo. 1948. *Papeles de Rosas*. Buenos Aires, Editorial Antártida. T. I.
- SALDÍAS, Adolfo. 1951. *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y su época*. Buenos Aires, El Ateneo Editorial.
- SALVATORE, Ricardo. 2003. *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*. Durham, Duke University Press.
- SULÉ, José O. 2007. *Rosas y sus relaciones con los indios*. Buenos Aires, Corregidor.
- UDAONDO, Enrique. 1938. *Diccionario Biográfico Argentino*. Buenos Aires, Editorial Coni.
- WALTHER, Juan Carlos. 1970. *La conquista del desierto*. Buenos Aires, Eudeba.
- YABÉN, Jacinto. 1938. *Biografías Argentinas y Sudamericanas*. Buenos Aires, Metrópolis.